

le dan á beber miel y leche mezcladas, echándose las en la boca y derramándolas por la cara; vuélvenle despues continuamente al sol de modo que le dé en los ojos, y toda la cara se le cubre de una infinidad de moscas. Como dentro no puede menos de hacer las necesidades de los que comen y beben, de la suciedad y podredumbre de las secreciones, se engendran vichos y gusanos que carcomen el cuerpo, tirando á meterse dentro. Porque cuando se ve que el hombre está ya muerto, se quita la artesa de arriba y se halla la carne carcomida, y en las entrañas enjambres de aquellos insectos pegados y cebados en ellas. Consumido de esta manera Mitridates, apenas falleció al décimosétimo dia.

Quedábale á Parisatis otro blanco, que era Mesabates, aquel eunuco del Rey que cortó á Ciro la cabeza y la mano. No le daba este motivo ni asidero ninguno, y Parisatis discurrió este modo de traerle á sus lazos. Era para todo mujer, astuta, y diestra para el juego de los dados, por lo que antes de la guerra jugaba muchas veces con el Rey, y despues de ella (1) cuando ya se habian reconciliado, no se negaba á las demostraciones del Rey, sino que tomaba parte en sus diversiones y era sabedora de sus amores, terciando en ellos y presenciándolas, con el cuidado sobre todo de que conversara y se llegara á Estatira lo menos posible, por aborrecerla mas que á nadie, y tambien para poder aparentar que ella era la que gozaba del mayor favor. En una ocasion, pues, en que el Rey estaba alegre y sin qué hacer, lo provocó á jugar la suma de mil daricos: echaron los dados, y habiéndose dejado ganar, entregó el dinero. Fingió sin embargo sentimiento y gana de continuar, proponiendo que se pusieran á jugar de nuevo, y que fuera lo que se jugase un eunuco. Hicieron el convenio de que ceda uno exceptuaria cinco, los que tuviese de mayor confianza, y de los demas el vencedor elegiria, y el vencido habria de entregarlo; bajo de estas concidiones se pusieron á jugar. Dió grande atencion al juego, no omitiendo nada de su parte, y como ademas le

(1) Desde aqui hasta el fin de este periodo todo lo demas falta en el texto que se sigue; pero se halla en otras ediciones y códices manuscritos, y hace falta para el sentido.

fuesen favorables los lances, ganó y se hizo dueña de Mesabates, porque no era de los exceptuados; y antes que el Rey pudiera tener sospecha ninguna de su intencion, lo entregó á los ejecutores de la justicia con orden de que lo desollaran vivo; el cuerpo puesto de lado lo amarraron en tres cruces, y la piel la tendieron con separacion en otro palo. Hecho esto, el Rey manifestó el mayor pesar, mostrándosele irritado; y ella por burla: ¡Cuán amable y gracioso eres, le decia, si así te dueles por un eunuco viejo y perverso, cuando yo habiendo perdido mil daricos, callo y aguanto! Y el Rey, aunque no dejó de sentir el engaño, nada hizo; pero Estatira que abiertamente la contradecia en todo, hizo tambien con esta ocasion demostraciones de disgusto, no pudiendo sufrir que Parisatis diera muerte injusta y cruel, á causa de Ciro, á los hombres y á los eunucos mas fieles al Rey.

Habiendo Tisafernes engañado á Clearco y á los demas caudillos, y puéstolos en prision con quebrantamiento de las capitulaciones confirmadas con juramento, dice Ctesias que Clearco le pidió le proporcionase un peine, y que provisto de él se compuso y ordenó el cabello, quedando muy agradecido á aquel favor, por el que le dió un anillo, prenña de amistad, para sus parientes y deudos en Lacedemonia, siendo lo que tenia grabado una danza de Cariátides. Añade que los víveres enviados á Clearco los sustraian y consumian los soldados presos con él, dando á Clearco una parte muy pequeña como si á ellos la debiera; y que él puso en esto remedio, negociando que se enviaran mas provisiones á Clearco y que se les dieran con separacion á los soldados; y todo esto lo dispuso y ejecutó por favor y con beneplácito de Parisatis. Como entre estas provisiones se enviase todos los dias á Clearco un jamon, le mostró de qué modo podria poner entre la carne un puñal y enviárselo escondido, rogándole lo ejecutase y que no diera lugar á que su fin pendiera de la crueldad del Rey. Mas él no se prestó á semejante propuesta, y habiendo la madre intercedido con el Rey para que no se diese muerte á Clearco, el Rey se lo otorgó bajo juramento; pero vuelto por Estatira hizo quitar la vida á todos, fuera de Menon. De resulta de esto dice que Parisa-

tis atentó á la vida de Estatira, preparándole un veneno; cosa poco probable en cuanto á la causa, pues no parece que Parisatis habia de emprender accion tan atroz, y exponerse por Clearco á los mayores peligros, arrojándose á dar muerte á la mujer legítima del Rey, madre de los hijos que en comun habian educado para el reino. Pero es bien claro que todo esto está exágerado en obsequio de la memoria de Clearco; porque dice tambien que muertos los caudillos, todos los demas fueron comidos de perros ó de aves; pero que en cuanto al cadáver de Clearco, levantándose un recio huracan que acumuló un monton de tierra, la trajo sobre él y le cubrió; y que habiéndose plantado allí unas palmas, en breve se formó un maravilloso palmar que hizo sombra á aquel sitio, tanto, que el Rey mismo se mostró muy pesaroso de haber dado muerte á un hombre tan amado de los Dioses como Clearco.

Parisatis, que desde el principio habia mirado con aversion y zelos á Estatira, viendo que su poder no nacia sino del respeto y honor en que la tenia el Rey, y que el de esta tomaba sus quilates y su fuerza del amor y de la confianza, resolvió á armarle asechanzas, aventurándose, como ella misma lo creia, á todo. Tenia una esclava muy fiel y que gozaba de todo su favor, llamada Gigis, de la cual dice Dinon haber sido quien dispuso el veneno; y Ctesias, que solo fue sabedora involuntariamente. Al que dio el veneno, este le llama Belitara, y Dinon, Melanta. A pesar de sus antiguas sospechas y disensiones habian empezado otra vez á visitarse y á cenar juntas, comiendo, aunque con recelo y precaucion, de los mismos platos preparados por las mismas personas. Hay en Persia una ave pequeña que no hace ninguna secrecion, sino que en lo interior toda es gordura; por lo que se cree que se mantiene del viento y del rocío, y su nombre es *runtaces*. Dice, pues, Ctesias que Parisatis trinchó una de estas aves con un cuchillo untado por el un lado con el veneno, con lo que quedó untada una parte del ave, y que comió ella la parte intacta y pura, alargando á Estatira la que estaba inficionada. Dinon dice que no fue Parisatis, sino Melanta quien trinchó el ave, poniendo la carne envenenada

al lado de Estatira. Como esta hubiese muerto con grandes dolores y convulsiones, ella misma conoció la maldad, y el Rey no puso menos de concebir sospechas contra la madre, mayormente sabiendo su indole feroz é implacable. Por tanto aplicándose al punto á hacer indagaciones, prendió y atormentó á los sirvientes y superintendentes de la mesa de la madre; y por lo que hace á Gigis, Parisatis la tuvo mucho tiempo consigo en su habitacion, sin querer entregarla al Rey, que la reclamó; pero como mas adelante hubiese pedido que la dejara ir una noche á su casa, el Rey lo llegó á entender, puso quien la acechase y prendiese, y la condenó á muerte. La pena que en Persia se da segun la ley á los envenenadores es la siguiente; tienen una piedra ancha sobre la que ponen la cabeza del criminal, y con otra piedra se la machacan y muelen hasta quedar deshechas la cara y la cabeza; y esta fue la muerte que tuvo Gigis. A Parisatis no le dijo ó hizo Artajerges otro mal que enviarla con su voluntad á Babilonia, diciendo que mientras esta estuviese allí, no veria aquella ciudad. Tales fueron y así pasaron las cosas domésticas.

Quería el Rey y hacia esfuerzos por apoderarse de todos los Griegos que habian subido á la Persia, como habia vencido á Ciro y habia conservada el reino; pero no habiéndolo conseguido, y antes habiéndose ellos salvado por sí mismos, puede decirse que desde la corte, no obstante haber perdido á Ciro y todos sus caudillos, lo que estos hicieron fue descubrir y revelar lo que era el imperio de la Persia y las fuerzas del Rey, reducido todo á mucho oro, lujo y mujeres, y en lo demas orgullo y vanidad; con lo que toda la Grecia se tranquilizó y despreció á los bárbaros, y aun á los Lacedemonios les pareció cosa intolerable no sacar de su servidumbre á los Griegos habitantes del Asia, y no poner término á sus insolencias. Haciéndoles, pues, la guerra, primero bajo el mando de Timbron y despues de Dereilidas, sin hacer nada digno de mentarse, la encargaron al Rey Agesilao. Pasó este con sus naves al Asia, y desplegando al punto singular acrividad, alcanzó un ilustre nombre; venció de poder á poder á Tisafernes, y sublevó las ciudades. En vista

de esto, meditando Artajerges sobre el modo de hacer la guerra, envió á la Grecia á Hermócrates de Rodas con cantidad de oro y orden de regalar y corromper á los demagogos de mas influjo en las ciudades, á fin de llevar la guerra griega sobre Lacedemonia. Hizolo así Hermócrates, logrando que rebelaran las ciudades mas principales; y habiéndose puesto tambien en movimiento el Peloponeso, los magistrados llamaron del Asia á Agesilao. Así se refiere que al retirarse de aquella region, dijo á sus amigos que habia sido expelido del Asia por el Rey con treinta mil arqueros, porque el sello de la moneda persiana es un arquero ó sagitario.

Echó tambien del mar á los Lacedemonios, valiéndose para caudillo de Conon el Ateniese con Farnabazo; porque Conon despues del combate naval de Egospotamos se estacionó en Chipre, no para consultar á su seguridad, sino esperando, como en el mar cambio del viento, así mudanza en los negocios. Viendo, pues, que sus ideas necesitaban de poder, y que el poder del Rey necesitaba de un hombre capaz, envió una carta á este sobre lo que meditaba, previniendo al portador que la entregara por medio de Zenon de Creta ó de Policrito médico; y si estos no se hallasen presentes, por medio de Ctesias, tambien médico. Refiérese que Ctesias fue el que recibió la carta, y á lo que Conon escribia añadió, que le enviara á Ctesias porque le seria útil para las empresas de mar; pero Ctesias dice que el Rey de movimiento propio le confió este encargo. Mas como despues de la victoria naval que alcanzó en Gnido por medio de Farnabazo y de Conon, hubiese despojado á los Lacedemonios del imperio del mar, puso de su parte á la Grecia toda hasta el punto de dictar á los Griegos aquella tan nombrada paz que se llamó la paz de Antalcidas. El Esparciata Antalcidas era hijo de Leonte, y trabajando en favor del Rey, negoció que todas las ciudades griegas del Asia y las islas con ella confinantes le serian tributarias, debiendo permitirlo así los Lacedemonios en virtud de la paz ajustada con los Griegos, si es que puede llamarse paz una mengua y traicion que trajo á la Grecia á un estado mas ignomi-

nioso que el que tuvo jamas por término guerra ninguna.

Por tanto habiendo abominado siempre Artajerges de todos los Esparciatas, teniéndolos, como dice Dinon, por los hombres mas impudentes, á Antalcidas cuando subió á la Persia le hizo los mayores agasajos; y en una ocasion, tomando una corona de flores y mojándola en un unguento preciosísimo, la envió desde la mesa á Antalcidas, maravillándose todos de tan extraordinario obsequio. Ahora, él era hombre muy sujeto á dejarse corromper del lujo y admitir semejante corona, cuando en Persia habia remedado por nota á Leonidas y Calierátidas. Y si Agesilao, segun parece al que dijo: ¡ Desdichada Grecia, cuando los Lacedemonios *medizan!* le respondió: Nada de eso, sino cuando los Medos *laconizan!* la gracia de este chiste no quitó la vergüenza y mengua del hecho, pues ello fue que perdieron el principado por haber combatido mal en Leuctras, y antes habia sido ya manciellada la gloria de Esparta con aquel tratado. Mientras Esparta conservó la primacia, tuvo Artajerges á Antalcidas por su huésped, y le llamaba su amigo; pero despues que vencidos en Leuctras decayeron de su altura, y que por falta de medios enviaron á Agesilao al Egipto, subió Antalcidas á la Persia á pedir á Artajerges socorriese á los Lacedemonios; y este de tal modo lo desdeñó, lo desatendió y le arrojó de sí, que hubo de volverse; y afligido con el escarnio de los enemigos y el temor á los eforos, se dejó morir de hambre. Subieron tambien á solicitar el auxilio del Rey Ismenias y Pelópidas despues que habia vencido en la batalla de Leuctras; pero este nada hizo que pudiera parecer indecoroso: Ismenias, habiéndosele mandado que adorase, dejó caer el anillo del dedo, y bajándose á cogerlo, pasó por que habia adorado. A Timágoras Ateniese, que por medio de Beburis, su escribiente, le dirigió un billete reservado, alegre de haberle recibido, le envió diez mil daricos; y porque hallándose enfermo necesitaba tomar leche de vacas, hizo que le siguieran en el viaje ochenta vacas de leche. Mandóle ademas un lecho con su estrado, y hombres que lo armaran, por creer que los Griegos no sabrian; y portadores que le condujesen en litera hasta el mar, hallándose delicado. Cuan-

do ya hubo arribado, le envió una cena tan suntuosa, que Ostanos el hermano del Rey le dijo: Acuérdate Timágoras de esta mesa, porque no te se envía tan magníficamente adornada con ligero motivo, lo que mas era estímulo para una traicion que recuerdo para el agradecimiento. En fin, los Atenienses condenaron á muerte á Timágoras por causa de soborno.

En una cosa dió gusto Artajerges á los Griegos por tantas con que los habia mortificado; y fue en dar muerte á Tisafernes que les era el mas enemigo y contrario, y se la dió por sospechas que contra él le hizo concebir Parisatis; pues no le duró mucho al Rey el enojo, sino que luego se reconcilió con su madre y la envió á llamar, haciéndose cargo de que tenia talento y un ánimo digno del trono, y de que ya no mediaba causa ninguna por la que hubieran de recelar disgustarse viviendo juntos. Desde entonces, conduciéndose en todo á gusto del Rey, y no mostrándose displicente por nada que hiciese, adquirió con él el mayor poder, alcanzando cuanto queria; y esto mismo la puso en estado de observar que el Rey estaba apasionadamente enamorado de Atosa, una de sus hijas, aunque por respeto á la madre ocultaba y reprimia esta pasion, como dicen algunos, no obstante que tenia ya trato secreto con aquella jóven. No bien lo hubo rastreado Parisatis, cuando empezó á hacerle mayores demostraciones que antes, y á Artajerges le ponderaba su belleza y sus costumbres como propiamente regias y dignas del mas alto lugar. Persuadióle por fin que se casase con aquella doncella y la declarase su legitima mujer, no haciendo caso de las opiniones y leyes de los Griegos, pues para los Persas él habia sido puesto por Dios como ley y norma de lo torpe y de lo honesto. Todavía añaden algunos, de cuyo número es Heráclides de Cumas, que Artajerges se casó tambien con su otra hija Amestris, de la que hablaremos mas adelante. A Atosa la amó el padre con tal extremo despues del matrimonio, que habiéndosele plagado el cuerpo de herpes, no se apartó de su amor por esta causa ni lo mas mínimo, solo hizo plegarias por ella á Juno; la adoró sola entre los Dioses, llegando á tocar con las manos la tierra, é hizo que los sátrapas y sus amigos le enviaran tantas

ofrendas, que el espacio que media entre el templo y el palacio, que es de diez y seis estadios, estaba lleno de oro, plata, púrpura y pedrería.

Habiendo movido guerra á los Egipcios por medio de Farnabazo é Ifierates, le salió desgraciadamente á causa de haberse estos indispuerto entre sí. A los Cadusios la hizo por sí mismo con trescientos mil infantes y diez mil caballos; pero habiendo invadido un país áspero y nebuloso, falto de los frutos que provienen de la siembra, y que solo da para el sustento peras, manzanas y otras frutas silvestres á unos hombres helicosos é iracundos, no advirtió que iba á verse rodeado de las mayores privaciones y peligros, porque no encontraban nada que comer, ni habia modo de introducirlo de otra parte. Mantenianse solamente con las acémilas, de manera que una cabeza de asno apenas se encontraba por sesenta draemas. La cena regia desapareció, y eran muy pocos los caballos que quedaban, habiéndose consumido or demas. En esta situacion Tiribazo, que por su valor mu veces ocupaba el primer lugar, otras muchas era retirado por su vanidad, y entonces se hallaba en desgracia y puesto en olvido, fue el que salvó al Rey y al ejército. Porque siendo dos los Reyes de los Cadusios, y estando acampados aparte, se presentó á Artajerges, y dándole parte de lo que pensaba ejecutar, se fué él en persona á ver á uno de los Caducios, y al otro envió á su hijo. Cada uno engañó al suyo diciéndole que el otro iba á enviar embajadores á Artajerges para negociar con él paz y alianza; por tanto que si tenia juicio, le convenia llegar él el primero, para lo que le auxiliaria en todo. Diéronles crédito ambos, y procurando cada cual anticiparse, el uno envió embajadores á Tiribazo y el otro á su hijo. Como hubiese habido alguna detencion, ya se levantaban sospechas y acusaciones contra Tiribazo, y el mismo Rey empezaba á mirarle mal, arrepintiéndose de haberse fiado de él, y dejando campo abierto á sus enemigos para calumniarle. Mas cuando se presentaron, de una parte Tiribazo y de otra su hijo con los Cadusios, y extendiéndose los tratados se asentó la paz con ambos Reyes entonces alcanzó Tiribazo los mayores honores, é hizo la reti-

rada al lado del Rey, el cual hizo ver en esta ocasion á todos que la pusilanimidad y delicadeza no nacen del lujo y del regalo, como cree el vulgo, sino de un natural viciado y pervertido que se deja arrastrar de erradas opiniones. Porque ni el oro, ni la púrpura, ni todo el aparato y magnifico equipaje de doce mil talentos que seguia siempre á la persona del Rey, le preservó de sufrir trabajos é incomodidades como otro cualquiera; sino que con su aljaba colgada, y llevando él mismo su escudo, marchaba el primero por caminos montuosos y ásperos, dejando el caballo, con lo que daba ligereza y aliviaba la fatiga á los demas, viendo su buen ánimo y su aguante; porque cada dia hacia una marcha de doscientos ó mas estadios.

Habiendo llegado á un palacio real, que en un pais escueto y desnudo de árboles tenia jardines maravillosos y magníficamente adornados, como hiciese frio, permitió á los soldados que cortaran leña en el jardin, echando al suelo árboles, sin perdonar ni al alterce ni al ciprés. No se atrevian por su grandor y belleza, y entonces tomando él mismo la segur, cortó el mas alto y mas hermoso de aquellos árboles. Con esto ya los soldados hicieron leña, y encendiendo muchas lumbradas pasaron bien la noche. Con todo, la vuelta fue perdiendo muchos hombres, y puede decirse que todos los caballos. Pareciéndole que por aquel revés y por haberse desgraciado la expedicion se le tenia en menos, concibió sospechas contra las personas mas principales, y si á muchos quitó la vida por enojo, á muchos mas por miedo; porque el temor es muy mortífero en el despotismo, así como no hay nada tan benigno suave y confiado como el valor. Por tanto aun en las fieras, las intratables é indómitas son las medrosas y tímidas; pero las nobles y generosas, siendo mas confiadas por su mismo valor, no se hurtan á los halagos.

Siendo ya anciano Artajerges, entendió que sus hijos ante sus amigos y ante los magnates tenian contienda sobre el trono; porque los mas juiciosos deseaban que como él mismo habia recibido por primogenitura el reino, así lo dejara á Darío; pero Oco, el menor de todos, que era de espíritu fogoso y violento, tenia en el mismo palacio no pocos parti-

darios, y esperaba ganar al padre principalmente por Atosa, porque la obsequiaba para tomarla por mujer, y que reinara con él despues de la muerte del padre; y aun corrian rumores de que en vida de este tenia trato en secreto con ella; pero de esto no supo nada Artajerges. Queriendo pues quitar cuanto antes toda esperanza á Oco, y precaver tambien que arrojándose á seguir el ejemplo de Ciro, el reino se envolviese en guerras y contiendas, designó por Rey á Darío que se hallaba en la edad de ciucuenta años (1), y le concedió Hevar enhiesta la que llamaban *Cidarís*. Era ley de Persia que el designado pedia una gracia, y el designante habia de otorgar la que se pidiese, como fuese posible; y Darío pidió á Aspasia, mujer muy estimada antes de Ciro, y contada entonces entre las concubinas del Rey. Era Aspasia de Focea en la Jonia, hija de padres libres, y educada con particular esmero: presentáronsele á Ciro con otras mujeres estando cenando, y las demas habiendo tomado asiento, como Ciro arrimándose á ellas usase de chanzas y de chistes, no se mostraban desdeñosas; pero aquella se estuvo callada al lado del escaño, y llamándola Ciro no obedeció. Querian los camareros conducirla; pero tendrá que sentir, dijo ella, cualquiera que venga á echarme mano; con lo que por los circunstantes fue calificada de ingrata é incivil. Mas Ciro se holgó de ello, y echándose á reir, dijo al que habia presentado aquellas mujeres: ¿Cómo hasta ahora no habias advertido que entre todas esta sola me traías libre é intacta? Y desde entonces comenzó á obsequiarla y á preferirla á todas, llamándola sábia. Quedó cautiva, cuando muerto Ciro fue saqueado su campamento.

Con haberla pedido Darío causó disgusto al padre, porque los zelos de los bárbaros en lo relativo á placeres son terribles; tanto, que no solo el que se arrima y toca á una concubina del Rey, sino aun el que se adelanta y pasa cuando es conducida en carruaje, incurre en pena de muerte. Teniendo, pues, á Atosa, á la que arrastrado del amor habia hecho su mujer contra ley, y manteniendo trescientas y

(1) Es probable que hay yerro en este número, porque mas adelante se llama óven á Darío; pero se ignora cuál era su verdadera edad.

sesenta concubinas de éxtremada belleza; sin embargo, á la demanda de esta respondió que era libre, y dió órden de que la tomase, queriendo ella; pero que contra su voluntad no se la obligase. Llamóse, pues, á Aspasia, y como contra lo que el Rey esperaba, hubiese preferido á Darío, la dió estrechado de la precision de la ley; pero de allí á poco se la quitó, porque la nombró sacerdotisa de Diana la de Ecbatana, llamada Anaitis, para que viviera en castidad el resto de su vida, creyendo tomar con esto del hijo una venganza no dura y grave, sino llevadera y mezclada en cierto modo con una burla; pero este no la llevó con serenidad, ó porque estuviere enamorado de Aspasia, ó porque se juzgase afrentado y escarnecido del padre. Percibió esta disposicion suya Tiribazo, y todavía lo exasperó mas, juntando con la ofensa de este las suyas que eran por este órden. Teniendo el Rey muchas hijas, prometió dar Aspasia por mujer á Farnabazo; Rodoguna á Orontes, y á Tiribazo Amestris. A los otros les dió sus prometidas; pero faltó á la palabra á Tiribazo, casándose él mismo con Amestris, y en su lugar desposó con Tiribazo á Atosa segunda; y como se hubiese casado tambien con esta, enamorado de ella, del todo se desazonó y enemistó con el Tiribazo, que ya de suyo no era de índole sosegada, sino inconsecuente y atolondrado. Por tanto honrado unas veces entre los primeros, y otras perseguido y desechado con ignominia, ninguna de estas mudanzas las llevaba con cordura, sino que en la elevacion era insolente, y cuando se le reprimia, no se mostraba modesto y contenido, sino iracundo y soberbio.

Era, pues, Tiribazo fuego sobre fuego, estando siempre inflamando á aquel jóven con decirle que la cidaris puesta sobre la cabeza de nada servia á los que la llevaban, si no trabajaban por dar buena direccion á sus negocios; y que seria por tanto muy necio, si intentando de una parte prevenirle en ellos el hermano con el favor del serrallo, y teniendo de otra el padre un genio tan caprichudo é inconstante, creyese que le era ya segura y cierta la sucesion; y que no era lo mismo no salir Oco con su intento, que quedar él privado del reino; porque Oco podia muy bien vivir

feliz como hombre privado, pero á él designado ya Rey, le era preciso, ó reinar ó no existir. Por lo comun sucede aquello de Sofócles:

La persuasion del mal ligera corre;

porque es muy fácil y en pendiente la marcha á lo que se quiere, y los mas de los hombres apetecen lo malo, porque no tienen experiencia y conocimiento de lo bueno. Aquí ademas el esplendor del mando y el temor de Darío á Oco, le dieron un grande asidero á Tiribazo; y quizá no dejó de tener parte de culpa Cipria á causa de lo ocurrido con Aspasia.

Entregóse, pues, enteramente á Tiribazo, y cuando ya eran muchos los rebeldes, un eunuco descubrió al Rey la conjuracion y el modo, estando plenamente informado de que tenian resuelto entrar aquella noche y matarle en el lecho. Oido por Artajerges, le pareció cosa fuerte desatender tan grave peligro, no dando valor á la denuncia; pero aun le pareció mas fuerte y terrible el darlo por cierto sin ninguna prueba. Tomó, pues, este partido: al eunuco le mandó que estuviera sobre ellos y los siguiese; y él hizo que en el dormitorio abrieran agujero en la pared que estaba á espaldas del lecho, y poniéndole puertas, cubrió estas con un tapiz. Llegada la hora, y avisado por el eunuco del momento de la ejecucion, se estuvo en el lecho, y no se levantó de él hasta haber visto los rostros de los agresores y conociéndolos bien. Cuando vió que desenvainaban las espadas y se encaminaban en su busca, levantó sin dilacion el tapiz y se retiró á la cámara inmediata cerrando con estrépito las puertas. Vistos por él los matadores sin que hubiesen podido ejecutar su hecho, dieron á huir por la puerta por donde entraron, y decian á Tiribazo que escapara, pues que habían sido descubiertos, y los demas se dispersaron y huyeron; pero Tiribazo iba á ser preso, y dando muerte á muchos de los guardias, con dificultad acabaron con él herido de un dardo arrojado de lejos. Para Darío que fue preso con sus hijos, convocó Artajerges los jueces regios, no hallándose él presente, sino haciendo que otros le acusaran, y dando ór-

den de que los dependientes escribieran el dictámen de cada uno, y se lo llevaran. Votaron todos con uniformidad, condenándole á muerte, y los ministros lo pasaron á la pieza próxima. Llamado el verdugo, vino prevenido del cuchillo con que se cortaba la cabeza á los sentenciados; pero al ver á Darío se quedó pasmado y se retiró mirando á la puerta, y manifestando que no podía ni se atrevía á poner mano en el Rey: gritábanle y amenazábanle en tanto desde afuera los jueces, con lo que volvió, y tomando á Darío con la otra mano por los cabellos, y acereándolo á sí, con el cuchillo le cortó el cuello. Dicen algunos que estuvo el Rey presente al juicio, y que Darío cuando se vió convencido con las pruebas, postrándose en el suelo, rogó y suplicó; pero aquel levantándose encendido en ira, sacó el puñal y lo hirió hasta quitarle la vida. Añaden que despues pasó á palacio, y adorando al sol, dijo: Retiraos alegres, ó Persas, y anunciad á los demas que el grande Oromaces ha dado el debido castigo á los que habian meditado crímenes tan atroces y nefandos.

Este fin tuvo aquella conjuración. Con esto Oco se alentó en sus esperanzas fomentado por Atosa; mas con todo aun le inspiraban miedo, de los legítimos, Ariaspes, que era el que quedaba, y de los espurios, Arsames; porque en cuanto á Ariaspes, deseaban los Persas que reinase, no tanto porque era mayor que Oco, como por su condicion benigna, sencilla y humana; y Arsames, además de tener talento, no se le ocultaba á Oco que gozaba de la predilección del padre. Insidió, pues, á entrambos, y siendo hombre tan propio para un engaño como para un asesinato, usó de la crueldad de su carácter contra Arsames, y de su maldad y ruindad contra Ariaspes. Envió, pues, á este varios eunuocos y amigos del Rey que continuamente le estuviesen anunciando amenazas y expresiones terribles del padre, como que tenia resuelto quitarle la vida cruel é ignominiosamente. Dándole, pues, á entender cada dia que le participaban estos secretos, y diciéndole unas veces que el peligro no era próximo, y otras que no faltaba nada para que el Rey pusiera por obra su designio, de tal manera le abatieron, y fué tanto su abur-

rimiento y su confusión sobre lo que haria, que preparó un veneno mortal, y tomándole, se quitó la vida. Cuando el Rey supo el género de muerte de Ariaspes, le lloró y sospechó la causa; pero no se resolvió por la vejez á inquirir y proceder sobre ella, y con esto aun se acrecentó su amor á Arsames, notándose que de él principalmente se fiaba, haciéndole su confidente; por lo cual Oco no dilató sus proyectos, sino que echando mano de Harpates, hijo de Tiribazo, por mano de este le dieron muerte. Eran ya entonces con la vejez muy pocas las fuerzas de Artajerges, y sobreviniéndole en este estado el pesar de la muerte de Arsames, no pudo ni por momentos tolerarle; sino que al punto de dolor y abatimiento se le apagó lo poco que le quedaba de espíritu, habiendo vivido noventa y cuatro años y reinado sesenta y dos. Contribuyó no poco á que tuviera opinion de benigno y morigerado su hijo Oco, que sobrepujó á todos en fiereza y crueldad.



ARATO.

Temiendo á mi entender, ó Polícrates, el filósofo Crisipo la sensible aplicación de cierto proverbio antiguo, no lo escribió como él es en sí, sino como á él le parecia que estaria mejor, diciendo:

¿Quién del padre mejor hace el elogio
Que los hijos honrados y dichosos?

Pero Dionisiodoro de Trecene lo censura, y pone el proverbio verdadero, que es así:

¿Quién del padre mejor hace el elogio
Que los astrosos é infelices hijos?

Y dice que el proverbio es hecho para tapar la boca á los que no valiendo nada por sí, se adornan con las virtudes de algunos de sus antepasados, y se dilatan en sus alabanzas. Mas para aquel á quien le cabe una generosa índole adqui-